

La historia sobrante

Por Semezdin Mehmedinović*

Una de las fachadas de la avenida Mariscal Tito fue impactada por un proyectil. El yeso se deshizo y por debajo apareció una señalética de metal. Y la señalética dice: *Dr. Ante Pavelic 11*. Hasta entonces no tenía idea, pero ahora lo sé: cincuenta años atrás la calle central de Sarajevo tenía un nombre diferente y por años aquel nombre permaneció, como un diagrama geológico de otra época, por debajo del yeso.

El tiempo fluye tan rápido que a veces siento que todo lo que pasa frente a mis ojos, o todo lo que me topo, es más viejo que yo. Eso incluye cualquier objeto y persona de existencia previa a la guerra.

Ayer observaba cómo filmaban una película en el centro de Sarajevo. Era invierno y la avenida Mariscal Tito estaba lista para las celebraciones de año nuevo. La distancia que hay entre el Café Park y la Flama Eterna parecía un espacio inmenso, un abismo brumoso lleno de mostradores improvisados y ordenados con globos y tarjetas de felicitaciones. Miles de autos iban y venían en ambas direcciones, y detrás de ellos una maraña de posters y linternas. La escena me hizo pensar que he olvidado completamente cómo fue alguna vez esta calle, una calle que ahora puedo cruzar en unos pocos minutos, pero que alguna vez fue tan grande que nunca hubiera considerado caminarla; antes me subía a un tranvía o paraba un taxi.

Por estos días Sarajevo parece una superficie plana, como si fuera un mapa militar.

Por supuesto, hoy uno se demora la misma cantidad de pasos desde el Café Park hasta la Flama Eterna que antes. Pero entonces, ¿qué ha cambiado?, ¿por qué todo parece tan diferente? Puede ser porque alguna vez esta calle se llamaba Ante Pevelic y ahora la avenida Mariscal Tito no es más que adorno ideológico: en paralelo a esta calle, a pesar de todo, fluyen las aguas del Miljacka.

O tal vez el que ha cambiado soy yo.

Libres de ciertas nociones sobre la comodidad, ahora experimentamos todo de una manera más normal. La gente siempre ha muerto, solo

* Traducción publicada en *Transversal. Translation Studies Journal*

que estos días de guerra es más simple: las tradiciones que acompañan a la muerte son menos extrañas. La envoltura de la caja de cartón de la cual he sacado un cigarro es también material de documentación. Debido a la escasez de papel, la fábrica de tabaco usa cualquier material restante: el envoltorio puede ser papel higiénico o incluso páginas de un libro, por lo que en el tiempo libre se puede leer fragmentos de un poema o los ingredientes de una barra de jabón. Hay extranjeros que compran cigarros como souvenir; se los llevan a sus casas como una prueba de que hay unos nuevos cigarros artísticos. El cigarro que estoy fumando se envolvió en un documento que confirma la muerte de alguien: la causa de la muerte está escrita, y uno puede distinguir la firma y el sello oficial del médico. Tengo que admitir que este es el último tipo de papel con el que se debería envolver un cigarro; a la vez, tengo que admitir que ya no hay mucho que me impresione.

El hueco que hay entre la existencia de la señalética que dice avenida Dr. Ante Pavelic y las señaléticas que ahora adornan las fachadas de la avenida principal de Sarajevo fue rellenado con papeles y diagnósticos de muertes. Como sabemos, son esos huecos lo que llamamos “historia”. Aunque yo hace tiempo que dejé de creer que palabras como historia y progreso puedan coincidir. El progreso definitivamente no existe, y todos vivimos en un espacio de materiales sobrantes que llamamos historia. Y cuando es así, es natural que ésta solo sirva para los intereses de alguien.

Por lo menos hasta que se acabe el último cigarro.